

No les verán nunca, nunca;
mi presa son; yo los tengo,
y es mentirosa conseja
que yo mis presas devuelvo.
Que de todo cuanto muere
en el mundo, soy el dueño,
y todo, tarde ó temprano,
ha de venir á mi seno.
Tú mismo, cuando al fin logres
llegar á seguro puerto,
no habrás aún escapado
á mi poderío inmenso.
Por tí y por los que descansan
bajo la tierra, en sosiego,
he de ir pronto, muy pronto,
yo, destructor elemento,
cuando islas y continentes
invada al fin, y en el piélago
sin límites del vacío,
el orbe rueda en silencio
como una lágrima enorme
llorada por los que fueron.”

Esto la mar me decía
en su monólogo eterno,
una noche en que ella sólo
y yo estábamos despiertos.

Oceano nox, que así se titula la composición anterior, es de un carácter raro en la poesía del Nuevo Mundo, donde por causas muy naturales, no es común encontrar las sombrías

inspiraciones germánicas de que *Oceano nox* participa en algo.

Tétrico es el asunto, mas no por tal cosa ingrato al arte que ha sabido explotarle haciéndolo á nuestros ojos interesante. ¿Quién al mirar de noche y desde las tablas de un buque al traidor Océano que muge pausadamente, no se ve sobrecogido de espanto al considerar las víctimas que ha hecho y seguirá haciendo, ese monstruo salino que es todo ondulaciones y todo fauces?

Son muchos los poetas contemporáneos en que me ocupo en este capítulo; pero, forzoso me es advertir una vez más, que todos ellos no caben en obra como la mía de proporciones tan limitadas.

Sin embargo, no quiero poner punto á la presente jornada, antes de consagrar á Balbino Dávalos el recuerdo que se merece como poeta. Este joven, lleno de modestia, posee un talento raro y una ilustración vastísima. Su frente, como la de casi todos los aristócratas en la clase favorita del pensamiento, está marcada por arrugas que le hacen

viejo antes de haber cumplido treinta años.

Balbino Dávalos padece la enfermedad de las grandes almas: es melancólico en grado sumo. Algo hay en él de ese personaje que Max Nordau nos pinta en *El mal del siglo*, como protagonista de su novela. Enamorado del ideal, le persigue en el mundo pero sin fe. De aquella alma recta y por lo mismo condenada á no ser feliz en ningún estado, nos da una idea la siguiente composición:

Cesó la lucha, la patria es libre.
Sobre estos campos de horror cubiertos,
que el són guerrero ya nunca vibre
llamando vivos, dejando muertos.
El himno augusto que ahora se escucha,
celebra á un pueblo que se levanta.
La patria es libre, cesó la lucha:
poeta, ¡canta!

Ya los hogares abren sus puertas
y las doncellas temblando aguardan
que hasta sus almas, también abiertas,
lleguen los novios que tanto tardan.
Sus lauros frescos, por azahares
cambian los héroes con mano inquieta...
Abren sus puertas ya los hogares:
ama, poeta!

Su faz radiante la dicha asoma,
los sueños vierten su polen de oro,

y la miseria que abate y doma,
huye ocultando rabioso lloro.
El alma virgen del tierno infante
busca lo noble, lo vil desdeña...
La dicha asoma su faz radiante:
poeta, ¡sueña!

Con paso artero la infamia viene
y la rodean cuantos la miran.
¡Qué solapada sonrisa tiene...
cómo la acogen, cómo la admiran!
En su lenguaje tan lisonjero,
oíd qué aplauso tan vivo estalla!..
La infamia viene con paso artero:
poeta, ¡calla!

Terminaría aquí este ligero esbozo, á no poseer la admirable traducción que ha hecho Dávalos de *La tristeza del idolo*, poema azteca que escribió en francés Augusto Génin, poeta nacido en México pero nacionalizado en Francia, la tierra de sus mayores. Génin, educado en Paris, aunque ha vuelto á la capital americana en que vió la primera luz, para ganar honradamente la vida en el comercio, no se siente con destreza bastante para escribir en castellano, ó desdeña mucho esta lengua, tratando de dar como poeta, libre curso á su inspiración.

Dávalos ha traducido *La tristeza del idolo*, tan perfectamente, á juicio de las personas doctas, que no faltan entre ellas quienes aseguren que la copia ha dejado muy atrás en belleza al original.

I

Duerme en el seno intransitable y hondo
de un bosque á cuyo fondo
baja la luz desvanecida y lenta,
un idolo de piedra, que en un claro,
su triste desamparo
en derruido pedestal lamenta.

Hay en su torno, ocultos entre flores,
mármoles de colores,
estatuas rotas, puertas derribadas,
y columnas musgosas y yacientes
que rozan las serpientes
deslizándose cautas y taimadas.

Sin altar ni creyentes, el coloso
se yergue majestuoso
en carcomido zócalo de piedra.
Las alondras se posan en su frente,
y trepa irreverente
hasta su cuello, la silvestre hiedra.

Apoya sobre el pecho el monolito
su manos de granito

bajo el collar de sílex lanceolado,
y las piernas inmóviles, cruzadas,
retiene entrelazadas
con ademán de atleta fatigado.

Á la plumiza faz cada ojo imprime
deformidad sublime
con su mirada tenebrosa y fría,
y la corva nariz y la cabeza
erguida con fiereza,
aire le dan de olímpica energía.

El tosco dios, sintiéndose cautivo,
contempla pensativo
las ruínas que invade la espesura,
y con el fuego del ardiente Mayo,
en singular desmayo
se aduerme la enigmática figura.

II

Cierta noche que el bosque misterioso,
dormía silencioso
sin que sus hojas agitara el viento,
el idolo tembló, se oyó un gemido
y el dios estremecido
desgarró las tinieblas con su acento.

“¡Oh noche! prorrumpió;—yo soy *Itzama* :
Para encerrar mi fama
al Universo le faltaba espacio.
Los intrépidos pueblos que murieron,
palacios me erigieron
de plata y ónix, pórvido y topacio.

“¡Soy *Itzama!* Cantaba el pueblo mío
el bienhechor rocío
que el seno de la tierra fecundiza.
Soy padre del maguey, y de mi mano
recibe fuerza el grano,
aroma el fruto, jugo la hortaliza.

“Toda la creación cabe en mi nombre:
soy la mujer y el hombre,
el mar que asorda, el sol que reverbera;
soy aire y fuego, y bóveda y espacio;
habito en el palacio,
en el templo, en la choza, en donde quiera.

“De mi seno la vida se propaga
cual ancho mar que apaga
con sus ondas la sed del mundo entero.
En el árbol soy savia, en la semilla
el germen sin mancilla
que transforma el erial en sementero.

“Hoy vivo entre ruinas solitario.
De cada santuario
los dioses mis hermanos han partido,
y al ver á la paloma alzar el vuelo,
volar como ella anhelo
siendo dios de las aves y del nido.

“¡Oh tristeza!... Sentado en mi colina,
el valle que se inclina
como pendiente suave al oceano,
contemplaba en silencio, y de la playa
venía á mi atalaya
el eterno rumor del mar lejano.

“Cómo cambió de entonces el paisaje!
Envuelto en el follaje
del bosque secular, oculto vivo...
Ya no hay para mí valle ni monte,
ni tengo otro horizonte
que el pedazo de cielo que percibo.

“¡Oh dioses! yo fui un dios! Cuando surgieron
los montes, y tuvieron
las aguas del diluvio holgado cauce,
cuando abrió su abànico la palmera,
y por la vez primera
agitó su ramaje el fresco sauce;

“Cuando poblado estuvo el vasto cielo
de pájaros, y el suelo
teñido del color de la esmeralda,
tímido el hombre apareció buscando
cavernas, y llevando
el peso del temor sobre su espalda.

“A su debilidad buscando ayuda,
su inteligencia ruda
dioses creó terribles y sangrientos;
ídolos esculpió con tosca mano;
dióles semblante humano
y les alzó grandiosos monumentos.

“De un rebaño de hombres yo era el guía.
De la sombra venía
y á la sombra llevaba nuestra senda.
Logré del pueblo mejorar la suerte,
pero me hirió la muerte
cuando gozaba de mi propia ofrenda.

“ Proclamáronme dios, y mis despojos
fueron ante los ojos
de mi nación, objetos venerados.
Fuí la vida y la luz. Niños y rosas
y vírgenes hermosas
me eran por mis adeptos presentados.

“ Mas, ¡ ay! mi raza pereció... De ella
soy la única huella
que al embate del tiempo ha resistido.
Emblema legendario y misterioso,
aún vivo en mi tedioso
ensueño de grandeza, sumérgido.

“ Por la peste ó la guerra acongojados
he visto congregados
los pueblos á mis pies; y las insanas
luchas yo contemplé, con que acabaron
los que mi altar bañaron
con la sangre de víctimas humanas.

“ Los itzaes, los mayas, los olmecas
xicalancas, toltecas,
y choles y quichés y mexicanos
me levantaron templos á porfía...
¿ Por qué cayó en un día
la obra secular de tantas manos ?

“ Se disipó mi gloria pasajera ;
la brisa sembró artera
el polen que á este bosque prestó vida,
y de ricos y miseros hogares,
de pórticos y altares
presencié poco á poco la caída.

“ ¡ Oh tierra! ¡ Oh cielo! ¡ Oh mar! Astros errantes
y mundos que distantes
muertos cruzáis por la extensión vacía!
¿ en qué ejes giráis que así resisten ?
Responde, ¡ oh Noche! ¿ existen
los dioses en el mundo todavía ?”

III

Y el ídolo calló. Sobre su frente
sacuden rudamente
los árboles sus gotas de rocío ;
se agita la montaña, el suelo cruge
airado el viento ruge,
y se detiene temeroso el río.

“ Silencio, *Itzama!* — prorrumpió la selva.
— Que á perturbar no vuelva
esta perenne soledad tu acento.
¿ Á qué recuerdas tu pasado? ¡ Calla!
No con gemir se halla
consolador alivio al sufrimiento.

Todo al abismo de la muerte afluye,
mas nada se destruye:
todo renace, muere y se transforma.
No es eterno tu pórvido ¡ oh gigante!
Ya sonará el instante
en que vayas en pos de nueva forma.

Conocerás la noche tenebrosa
do se hunde presurosa

la vida humana que en su torno gira.
Acabe ya tu incomprensible empeño.

Tus glorias fueron sueño ;
tu pasado y presente son mentira.

¡Nada eres ya! Los dioses han partido :
fantasmas sólo han sido
que ahuyentó la razón con su firmeza.
Hoy la divinidad que el mundo aclama,
es lo que el hombre llama
nuestra madre inmortal Naturaleza!

Aparte de sus bellezas naturales, tiene *La tristeza del idolo* un carácter tan mexicano, se relaciona tan íntimamente con la historia y las supersticiones indígenas, que no he vacilado en copiarla para exornar un libro que de algún modo contribuye al conocimiento de México entre nosotros.

Cuanto á la superioridad de la copia sobre el original ¿qué podré añadir, no cabiendo el texto francés aquí, en estas páginas?

Aunque no se tratara de la inteligencia del traductor, bastaría considerar las naturales ventajas de nuestra lengua como instrumento poético, para pronunciarse en favor de la traducción. Respetando la originalidad y belleza de las ideas comunes al

hombre en cualquier lenguaje, es necesario ser sordo para no convenir en que es el verso francés, musicalmente hablando, el verso más pobre.

La carencia en el francés, de notas graves y esdrújulas, desespera. El consonante agudo repetido en cien renglones cien veces, con martilleo feroz en nuestros oídos, es cosa que no podemos perdonarle ni á Víctor Hugo.

Admiremos el talento de los grandes poetas franceses, en las ideas é imágenes sobremanera hermosas que vierten, pero ¿y la música? ¿y la variedad, y la riqueza de los sonidos que constituyen en poesía la mitad por lo menos, de sus encantos?

Un mediano poeta hispano ó italo, sabe que dos consonantes diversos estando próximos, no deben ser entre sí, asonantes, porque de ello resultaría un vicio fónico detestable; y sin embargo, en francés aquello no se aprecia como defecto: tan exigua es la escala de sus acentos, á mezquindad tal le reducen sus siete únicas consonancias agudas, de las que dos al menos, se forjan por gimnasia ó más bien misericordia de la nariz!